

HOMENAJE

Pablo Picasso. *Flautista y muchacha con una pandereta*. 1933.



EL OTRO

Tan pronto despiertes
no es bueno que te mires al espejo.

El otro está aún allí,
el tumulto del cotidiano hacer
no lo ha ocultado.

Déjalo que se vaya diluyendo.
Es terrible su encuentro:
notarás que un extraño
te habita cuando duermes.

Fernando Urbina Rangel
Bogotá, noviembre 23 de 1991

Ciro Roldán Jaramillo

Malraux, el ambiguo



La vida de André Malraux parece escrita en caracteres legendarios. Todo en ella es desmesura, afán de aventura, voluntad de poder, anhelo insaciable. Enamorado de la gloria y la grandeza, él mismo se encargó de fabricar su propia leyenda hasta el punto de no poder separar en su biografía lo legendario de la ficción, la acción de su representación, la poesía de su verdad.

Destinado a firmar el libro de su vida, una "obra-vida" que no ha tenido precedente alguno en su siglo, Malraux suscita sentimientos encontrados. La leyenda negra fabricada por sus detractores no lo rebaja de impostura viviente, crápula desaforado, amasijo de ideas, retórico grandilocuente, mitómano arrogante, embaucador estético y aventurero político. Sus apologetas lo honran como al héroe trágico, estatua viva, epopeya gloriosa, combatiente intrépido, intelectual contestatario, visionario político, genio creador.

Pero el secreto de Malraux no está en su biografía ni en su hagiografía. La verdad de una vida —y de una vida-obra como la suya— no está en el relato fiel de una crónica ni en la apología de un "santón" superior a sus actos. La verdad de su vida no es de adecuación o inadecuación a un ideal; su verdad es una verdad de estilo: un gran estilo que él mismo llamó mito. "Llamo mito al estilo de un artista, de un hombre, de un aconte-

cimiento cuando con su valor específico se construye un valor supremo y ordenador".

Y este valor supremo y ordenador en la vida del genio francés se llamó Voluntad y Conquista. Todas sus pasiones —amor, guerra y muerte— fueron otras tantas formas de conquista y ejercicio de su Voluntad de Poder. Vivió peligrosamente su siglo en una vida cargada de acontecimientos, de responsabilidades asumidas y de aventuras corridas intensas y generosamente. Conciencia cómplice de su propia leyenda, no importan para él los límites estrechos de una imaginación sometida a la experiencia.

DE LA VOLUNTAD DE POTENCIA A LA IMPOTENCIA DE LA VOLUNTAD

Una nota biográfica, incluida por el propio Malraux al respaldo de su novela *Los conquistadores*, publicada en 1928, describía así su trayectoria hasta ese momento. "Nacido en París. Encargado de una misión arqueológica en Camboya y en Siam por el Ministerio de las Colonias (1923). Miembro de la dirección del partido joven Anam (1924). Comisario del Kuomitang para Conchinchina y a continuación para Indochina (1924-1925). Comisario suplente de propaganda adscrito a la dirección nacionalista en Cantón, bajo el mando de Borodín (1925)". Cinco años más tarde añadió: "Comisario del Kuomitang en Indochina y más tarde en Cantón".

Así describía su gesta libertaria el autor de *Los conquistadores* cuando no era más que un joven escritor mal curado de las heridas en Asia. Y agregaba una nota a su palmarés, cinco años después, cuando se había convertido en el autor famoso de *La condición humana*. Sin embargo, de allí en adelante Malraux no se dedicó a fomentar dicha mistificación. No iba a necesitar proclamar su currículo revolucionario pues ya había pasado el tiempo de las vigorosas intuiciones de *La tentación de Occidente*, la poderosa evocación de Cantón con sus mítines y el agobio de la noche en *Los conquistadores* y las escenas admirables de realismo en Shanghai relatadas en *La condición humana*.

Aquel que había estado perturbado durante muchos años por el “amor de los vencidos” a los que amó durante la derrota, se sumaba ahora al batallón de los vencedores, “cuando la derrota de aquellos ya estaba consumada”. El tránsito de este “fiel servidor de los vencidos” a testigo mudo de la grandeza ajena encarnada en el nuevo Emperador de los franceses traicionaba ese *pathos* trágico de la Voluntad Colectiva de un pueblo para hacerlo “bufón de corte”. El extravagante, el aventurero, el rojo, el agnóstico, el tribuno loco, el escritor de la insurrección, el pensador de la precariedad dobla la rodilla ante el general De Gaulle, y se enfuda a sí mismo para siempre. El juego de su imaginación acostumbrado a crear personajes con prestigio mayor al propio, no resistió que uno de sus personajes ya existiera. Y cuando la Acción parecía triunfar sobre la Imaginación, calló para siempre y quedó sometido al limbo de la historia.

CARÁCTER Y GRAN ESTILO

El talante personal de Malraux empezó a cuajarse desde bien temprano. Este André, pálido y larguirucho, de mechón rebelde y grandes orejas se puso a leer como quien pelea, para escaparse, para viajar, para evadirse de la atmósfera familiar que lo asfixia-

ba. Bibliófilo precoz, Malraux leía todo lo que le exigía su vida y su voluntad. Encontró en sus héroes infantiles –D’Artagnan, Robin Hood, El Último Mohicano– la inspiración para sus propios héroes conquistadores. Se alimentaría de su apetito libresco para vivir física y espiritualmente, y esa sería su única profesión conocida antes de los veinte años.

El mercado de los libros lo llevó al mercado de los objetos artísticos en una aventura emprendida para resarcirse de su quiebra prematura en operaciones bursátiles donde jugó la fortuna de su primera esposa Clara Goldschmidt. Las ruinas de Angkor deberían reparar sus ruinas comerciales; pero su peregrinación al templo perdido –tesoro de maravillas y desapariciones– terminó en un fracaso ético y jurídico, al tiempo que abrió las puertas de su imaginación a un soberbio relato de prosa poética.

Se había marchado informe y dividido, a la búsqueda del tesoro perdido, y había retornado fortalecido en su voluntad y depurado en su estilo. El divagante se había convertido en un gran rebelde, y el dandi libresco y explosivo aquilató su fuerza y su tensión febril para dar a luz *La vía real* y *Los conquistadores*. Había salido de las bibliotecas y se había enfrentado con la vida.

Así nació un gran estilo y al tiempo encontró el “tono de voz” apropiado para narrar la gesta de *La condición humana*. La voluntad tenía ahora los recursos del estilo, y la vida servía de fuente a la obra. “Entre escribir y actuar era preciso, por tanto, no elegir. Falsa alternativa que oponía la vida a la obra. La decisión estaba en otra parte: o dejar que se cuele el tiempo y enterrar indistintamente las obras y las vidas, o efectuar sobre la misma piel de la realidad, incisiones a prueba de realidad, quizá” π